

cuanto aquéllos habían nacido para la libertad y éstos para la servidumbre. Sólo la Grecia conocía la justicia y el imperio de las leyes; al paso que entre los Bárbaros la fuerza dominaba exclusiva.

Se ha celebrado con exceso el patriotismo de los antiguos; cuya verdadera significación estamos dando á conocer. El odio de los Helenos contra los Bárbaros era exagerado; y nunca medió entre ellos mismos verdadera unión; antes, al contrario, demostraron que eran incapaces de elevarse á la idea de una patria griega, no concibiendo la unidad sino bajo la forma de una hegemonía ejercida por una república dominante sobre sus aliados y sus súbditos. Tan duro era este imperio, que de él se avergüenzan los historiadores griegos, consignando que los Helenos sobrepujan á los Bárbaros en ferocidad. Es lo cierto que los Espartanos y los Atenienses oprimieron hasta á sus aliados, tratando á los vencidos, cuando oponían resistencia, como si fueran Bárbaros. Por esta causa no prevalecieron las hegemonías, las que, á más de no abarcar á la Grecia entera, fueron tan efímeras, que apenas si merecen que la historia general se ocupe de ellas.

Pudiera creerse que el odio á los Persas debió unir á todas las repúblicas en una guerra de venganza; pero no; las hegemonías fueron débiles contra el enemigo común, precisamente porque estaban desgarradas por luchas intestinas. El héroe macedonio fué quien unió á los Griegos á su pesar. Aristóteles aconsejó á Alejandro que tratase á los Bárbaros como frutos; mas el conquistador se mostró superior al filósofo, por más que su ideal fuese también falso, tratando de unir á los Helenos y á los Persas en un solo pueblo. Esta es la utopía del conquistador que aspira á la monarquía universal. El sentimiento nacional de los Griegos se rebeló contra esas tentativas, repugnándoles semejante confusión con los Persas ó los Bárbaros, y en esto su instinto era justo, por más que fuese su orgullo reprehensible. No era más fácil transformar á los Helenos en Persas que á los Persas en Helenos. Todo lo que el conquistador podía ambicionar era extender la cultura helénica por el mundo oriental. Esto fué lo que hizo Alejandro, mereciendo que por ello la humanidad le honre siempre con el título de grande. La conquista es un instrumento de unidad, pero no basta para establecerla. En Oriente las ruinas señalan el paso de los conquistadores: "Babilonia, Nínive, Ecbatana, Persépolis y Tiro no exis-

ten sino en el recuerdo; los pueblos suceden á los pueblos y los imperios á los imperios. No hay naciones que se llamen Babilonia, Asiria, Caldea, Media y Fenicia. Su dominación y sus ciudades están destruidas, y sus habitantes dispersos y olvidados bajo sus diferentes nombres." Los Griegos aumentaron las ruinas obra de los Bárbaros, y Roma, por más que su política fuese conservadora, no retrocedía ante la obra de destrucción. Es decir, que la misión de los conquistadores no pasa de preparatoria. La ambición de los más grandes era falsa, porque perseguían un fin imposible. En cuanto al vulgo de los conquistadores, se reducen á instrumentos en manos de Dios.

Roma merece que se la cite al lado de Alejandro. Hemos visto que los escritores del imperio celebraban, como único en la historia de la humanidad, el hecho de que los habitantes de Europa, Asia y África se considerasen como conciudadanos. El espectáculo de la unidad romana es admirable; comparativamente al estado del mundo al advenimiento de Roma. Los pueblos vivían en un salvaje aislamiento; la civilización que se había desarrollado en Oriente era completamente extraña á los Bárbaros que cubrían la mayor parte de Europa. Alejandro quiso unir ambos mundos; pero su monarquía fué tan fugaz como un relámpago, y con la dominación de sus sucesores, una espantosa anarquía dominó al Asia y á la Grecia. ¿Qué prodigioso cambio despues de los ocho siglos de la república romana! Las Galias, la España, la Bretaña hablan la lengua de Roma, acatan las mismas leyes y avanzan con paso igual por el camino de la civilización: los Griegos son conciudadanos de los Bárbaros, y su cultura penetra en el mundo conocido de los antiguos bajo el nombre de latino.

Pero la monarquía universal tiene su reverso. El hombre no alcanza á soportar un poder que abarca el mundo. Su debilidad aumenta con su elevación, y su razón se turba y se extravía desde que se considera igual á Dios. De aquí los emperadores monstruos. Disponían de un poder absoluto, como representantes de la soberanía del pueblo; y, en su orgullo, no satisfechos con la dominación del mundo, aspiraron á los honores divinos. Representémonos á esos monstruos ocupando el trono del universo, ejerciendo un poder ilimitado y haciéndose adorar, y comprenderemos los efectos de semejante trastorno del sentido moral. ¿Qué su-

pone una sociedad que soporta y aclama á semejantes monstruos? Una degradación del pueblo igual á la de sus jefes; más que degradación la llamaremos decrepitud. La misma decadencia minaba las provincias que no opusieron resistencia á la invasión de los Bárbaros, agotadas y enervadas como estaban por el despotismo imperial, y sin embargo, esos pueblos habían combatido con heroísmo por la independencia de su patria. Una monarquía universal no da cabida á la patria, y, por consiguiente, tampoco á la vida individual: es la tumba de la humanidad.

En los tiempos modernos se produce una reacción violenta de las naciones contra los conquistadores que pretenden despojarlas de su libertad. Entre los antiguos, las coaliciones eran raras y las insurrecciones más raras todavía. Con todo, en tiempo del imperio se manifestó algo que pudiéramos llamar preludio del espíritu nacional. Por fuerte que fuera el poder de asimilación de Roma, no alcanzaba á destruir en los vencidos todo el recuerdo de su antigua independencia. Mientras fué victoriosa y temida, esos sentimientos germinaban ocultos, pero se manifestaron abiertamente en cuanto llegaron los reveses. En la segunda mitad del siglo XIII hubo en todas las provincias un movimiento de insurrección: esta época de anarquía ha sido impropriamente llamada el reino de los treinta tiranos. Las Galias, la Panonia, la Iliria, la Grecia, el África, el Egipto y el Oriente nombraban Césares al mismo tiempo; y no fueron las legiones, sino las provincias las que tomaron la iniciativa de la revolución. Diríase que instintivamente concentraban sus fuerzas para resistir á los Bárbaros, cuya invasión comenzaba. La tentativa abortó, porque el espíritu de nacionalidad no sustentaba en la antigüedad bastante fuerza para organizar Estados. Precisamente esta misión estaba encomendada á los Bárbaros.

La idea de una monarquía universal, que el imperio había realizado durante siglos, era tan imponente, que llenó á los Bárbaros de admiración y de respeto, sobreviviendo al naufragio de la antigüedad. Sin embargo, había en las creencias religiosas de los antiguos una protesta instintiva contra la unidad absoluta que Roma pagana primero, y Roma cristiana despues, quisieron imponer al mundo. Cuando los cristianos anunciaron la alta ambición de extender su fe por toda la tierra, los

filósofos contestaron que intentaban una obra imposible: "Las variedades de las naciones, dice Celso, dependen de diferencias fundamentales que ningún poder humano alcanza á destruir; las divinidades nacionales son los autores y los representantes de esas diversidades." Juliano, uno de los órganos más enérgicos del helenismo, nos dirá la última palabra de la sabiduría antigua sobre la idea de unidad y de nacionalidad: "Admitimos un creador del mundo; pero no es él quien rige las naciones, abandonando este cuidado á divinidades secundarias y locales, cada una de las que representa un elemento de la humanidad y una virtud diversa, como valor, habilidad, prudencia. Los pueblos cuyos destinos dirigen se distinguen por los mismos caracteres." Juliano invoca la historia en su apóyo: "Los Galos y los Germanos son de un valor temerario, al paso que los Griegos y los Romanos uien al valor el espíritu político. La sagacidad y la destreza son rasgos característicos de los Egipcios. Los Sirios se distinguen por una mezcla de malicia y de astucia, de agilidad y ligereza. ¿Diríase que estas diferencias son accidentales? ¿Proveendrán del azar? No, y fuera imposible no reconocer la intervención de la Providencia. Si esas variedades tienen una causa, esta causa proviene de Dios y se cometería una impiedad tratando de destruirlas. Si Dios hubiera querido confundir á todas las naciones en una gran unidad, habría dado á todos los hombres un lenguaje, un cuerpo, un cielo y una tierra iguales ó comunes. Pero ha hecho todo lo contrario: las lenguas son diferentes; los Scitas y los Germanos difieren totalmente de los Etiopes y de los Sirios, como difieren todas las condiciones de su existencia física. Es imposible que el hombre deshaga lo que la naturaleza ha hecho; ¿se quiere la prueba? El imperio romano contiene gran número de naciones de un genio diverso; ¿por ventura las leyes comunes y una larga comunidad de existencia han borrado esta diversidad? ¿Qué Bárbaros se han distinguido en la filosofía y en las ciencias?"

Juliano combatía la unidad religiosa; no aceptaba la religión de Cristo, y confiaba en que el helenismo sería indestructible. Mucho de lo que dice acerca de la diversidad innata de los genios nacionales es exacto, sólo que no sospecha que él, César, arruina el imperio. La unidad religiosa se concibe más fácilmente que la política. Lo que Juliano

dice respecto á los Bárbaros prueba que había entre los antiguos un irremediable espíritu de división. La verdadera unidad, la única conciliable con la existencia de las nacionalidades, la unidad intelectual y moral, no era capaz la política de realizarla: esta misión estaba reservada al cristianismo y á los Bárbaros, que los antiguos, en su orgullo aristocrático, contundían con los brutos.

§ III.—El cristianismo y los Bárbaros.

N.º 1.—La unidad católica.

I.
¡Ya no hay Bárbaros! Tal es la primer palabra del apóstol de los Gentiles. Juliano acaba de decirnos que la diversidad de las naciones proviene de las divinidades nacionales. Tan profundamente arraigada en los sentimientos de los antiguos estaba la idea de los dioses nacionales, que tuvo sus partidarios entre los Judíos. El cristianismo rechazó toda particularidad nacional en el dominio de la religión. “¿Dios es únicamente el Dios de los Judíos? exclama San Pablo; ¿no lo es también de los Gentiles? Sí, puesto que solamente hay un Dios. No hay distinción entre el Judío y el Griego, porque ambos tienen el mismo Señor y son uno en Jesucristo.” Hé aquí el gran progreso realizado por Jesucristo: la unidad religiosa. ¿Qué será el mundo político bajo el imperio de una fe igual para todos? Cristo abandonó el mundo á César, y sus apóstoles, siguiendo su ejemplo, no se cuidaron más que del reino de Dios, de una unidad puramente espiritual. Mas el principio de la unidad espiritual ¿no impulsa á la unidad temporal? En la Edad Media, y bajo la influencia del catolicismo, se proclamó como doctrina religiosa y política: un Dios, un papa y un emperador. La idea de nacionalidad, que existía en germen entre los antiguos, desaparece por completo. La Iglesia, cosmopolita por esencia, es poco favorable á las naciones. El espiritualismo evangélico contribuyó á romper los lazos de la patria, enseñando á los hombres que no tienen otra patria que el cielo y que el fin de su existencia en esta tierra es prepararse para ser miembros de la ciudad de Dios. La Iglesia representa esta ciudad sobre la tierra, y por tanto, el lazo que liga á los fieles con la Iglesia domina al que les liga con su

patria. Cuando el creyente lo es todo, no tiene razón de ser el ciudadano.

Así se formó la idea de la unidad católica, siendo considerada como la perfección, y la diversidad como el principio de la imperfección. “Cuanta más unidad tiene una cosa, dice Santo Tomás, tanto mayores son su valor y su dignidad.” La unidad no podía limitarse á lo puramente espiritual. Se concibe que los primeros cristianos, que aguardaban de un día á otro la consumación final, no se preocuparan de una unidad exterior; pero cuando la Iglesia dió un cuerpo á la unidad de las almas, natural era que surgiese también la idea de una unidad temporal. Creíase que la Iglesia estaba establecida por Dios para conducir á la humanidad á su fin, es decir, á su salvación eterna. ¿Cómo llenará esta misión? ¿Quién vencerá la oposición y resistencia que encuentra? Los reyes empuñan la espada que Dios les ha dado para defensa de la Iglesia. Pero si no hay más que un órgano de la potestad espiritual, tampoco debe haber más que otro de la potestad temporal. De aquí la doctrina de la unidad por el papa y el emperador: el papa presidiendo al destino de los hombres y el emperador prestándole su apoyo.

La cristiandad tiene, por tanto, dos jefes; la antigüedad solamente conoció uno, el emperador. A su lado, ó, mejor dicho, por encima de él, la Iglesia pone al papa. No porque éste pretenda absorber la potestad civil, puesto que reconoce al emperador como jefe temporal de la cristiandad, sino porque dispone del derecho de mandar, desde que se trata del interés de la Iglesia. El papa es el alma, el emperador el cuerpo, y éste naturalmente debe estar subordinado á aquélla. En la Edad Media se comparaban ambas potestades á dos astros: el papa al sol y el emperador á la luna. Los emperadores aceptaban este símbolo, por más que implique una inmensa superioridad respecto á los jefes del poder espiritual. En la concepción ideal de la unidad católica hay armonía entre el papa y el emperador, como entre el alma y el cuerpo. Pero si sobreviene un desacuerdo, ¿quién lo resolverá? El papa. En definitiva, el imperio no pasa del brazo armado de la Iglesia. Nada más lógico, bajo el punto de vista del catolicismo: los papas, vicarios de Dios, tienen imperio sobre las almas, y por lo tanto, también sobre los cuerpos.

En la antigüedad era la unidad un simple he-

cho; la monarquía universal, producto de la fuerza y de la conquista. En la Edad Media, la unidad se eleva á dogma. Todos los partidos la aceptan; las nacionalidades no tienen defensor. El poeta más grande de la era católica nos dirá cuál era el ideal concebido bajo la inspiración del cristianismo tradicional. Dante está dominado por el pensamiento de la unidad, hasta el punto de que, desconociendo los designios del Creador, declara que la diversidad es el mal absoluto, al paso que la unidad es el bien por excelencia. El ideal de la humanidad, como se ve, era la monarquía universal. Donde quiera que haya Estados independientes debe necesariamente haber división, lucha y guerra. El único medio de asegurar la paz consiste en reunir á todos los pueblos bajo la ley de un solo monarca, realizando así la edad de oro soñada por los poetas; la justicia entonces volverá á la tierra de donde la ahuyentará la violencia. La monarquía universal es más que una institución política, puesto que tiene su fundamento en la esencia de Dios y de su obra, la naturaleza: Dios es la unidad por excelencia; la humanidad debe corresponder á su principio; luego debe estar regida por un solo jefe. Dios ha impuesto esta ley al hombre, creándolo á su imagen; por tanto, el género humano, sólo obedeciéndole, encontrará la armonía y la ventura.

Un papa, Eneas Sylvius, profesa las mismas ideas, y va á decirnos lo que significan los derechos de las naciones y de los individuos en el ideal de la unidad católica. Como el Dante, cree que la monarquía universal es el único medio de asegurar la paz, y cree además que tal es el destino que Dios ha asegurado al género humano. La historia es la revelación de los designios de Dios, y desde la más remota antigüedad se ve que la monarquía tiende á ser cada vez más universal. Para realizarla creó la Providencia al pueblo rey. ¿Cómo conciliar esta unidad con la existencia de las naciones que comenzaban á formarse en los tiempos en que escribía Eneas Sylvius? Esto niega el derecho de las naciones, y se ve en ellas una especie de usurpación sobre la voluntad de Dios. El emperador, reflejo de Dios, no admite igual. No por esto el escritor católico se declara contra los reyes, no; los admite, pero privándoles de la independencia y de la soberanía; deben obediencia al emperador, como los vasallos á su príncipe. Este deber de

obediencia es absoluto: ni á los individuos ni á los príncipes les queda una sombra siquiera de libertad. El emperador dispone, sin limitación alguna, de sus bienes; hace la ley y está sobre ella; de sus sentencias, como de las de Dios, no cabe apelación, por cuanto el monarca universal es el representante de Dios en las cosas temporales.

El ideal católico era, bajo cierto aspecto, la expresión de la realidad. Había unidad en la fe, reprimiendo los papas toda disidencia, á hierro y fuego en caso necesario. Había unidad en la lengua, al menos para la religión y la ciencia, pues la Iglesia impuso el latín á los pueblos bárbaros como lengua sagrada. Despreciar las lenguas nacionales era repudiar las nacionalidades, impedirles nacer y desarrollarse. En realidad, mientras dominó el catolicismo no existieron naciones, ni hubieran existido nunca, de seguir manteniendo su dominación. Las naciones, bajo el punto de vista católico, son una desviación del ideal divino y casi una rebelión contra Dios. Los doctores más ilustres de la Edad Media enseñan que, si Adán no hubiera pecado, los hombres hubieran formado una sola familia, de la que hubiera sido el jefe, y, por consecuencia, el amo. Luego la unidad, bajo la forma de una monarquía, es la voluntad de Dios. ¿Cómo se ha introducido la diversidad nacional? Por consecuencia del pecado. La unidad de lengua es uno de los caracteres de la existencia perfecta del paraíso; la diversidad de lenguas, consecuencia de la caída. Tal es la narración de la Biblia. Al rebelarse contra Dios el orgullo de los hombres, levantando la torre de Babel, Dios confundió sus lenguas. De aquí data la separación de los pueblos. “La palabra, dice Bossuet, es el lazo de la sociedad entre los hombres, por la comunicación de sus pensamientos. Desde que no se entienden unos á otros, ya se miran como extraños.” “Si no entiendo la fuerza de una palabra, dice San Pablo, aparezco como extraño y bárbaro á los ojos de aquel con quien hablo, como él lo aparece igualmente á los míos.” Añadirémos que, bajo el punto de vista de la revelación cristiana, la división del género humano en naciones representa un castigo impuesto á los hombres por su orgullo.

Hé aquí el por qué de que los ultramontanos sean los enemigos natos de toda nacionalidad: en su orden de ideas no caben las naciones. Después de la revolución del 48 hubo un movimiento na-